

Los caminos de la educación popular

Diálogo con Oscar Jara

En un diálogo de saberes realizado en Perú, organizado por los compañeros y compañeras del PDTG (Programa Democracia y Transformación Global), tuvimos la alegría de re-encontrarnos después de muchos años con Oscar Jara, uno de los animadores de la experiencia latinoamericana de la educación popular. En el contexto del taller, fuimos intercambiando diferentes percepciones sobre la historia y los desafíos actuales de la educación popular.

En este diálogo volvimos sobre estos mismos temas que nos apasionan e interpelan, en tiempos de intensos desaprendizajes y aprendizajes de los movimientos populares de los que somos parte.

Oscar nació en Perú, pero vivió los últimos 30 años en Costa Rica y Centro América. Es uno de los mosqueteros de la experiencia de la educación popular de ALFORJA (junto a Carlos Nuñez, del IMDEC¹ de Guadalajara, y Raúl Leis, del CEASPA² de Panamá entre otros compañeros y compañeras). La pedagogía política liberadora, y la concepción metodológica dialéctica, fueron parte de las sistematizaciones que inspiraron a muchos educadorxs populares en el continente. Actualmente Oscar trabaja en el CEP³ de Costa Rica, que integra la Red ALFORJA, y ocupa la presidencia del Consejo de Educación Popular de América Latina y el Caribe (CEAAL).

¿Cómo empezaste a vincularte a la educación popular?

Empecé en los años 70, trabajando con grupos juveniles en barrios populares en Lima. Yo vivía en uno de esos barrios, y empezamos a hacer un periodiquito y a tener reuniones. Después se nos ocurrió hacer sesiones de cine. Traíamos de la embajada cubana y de algunas otras embajadas, algunas películas que proyectábamos en la calle, en una zona en la que no había electricidad. Teníamos que tirar un cable de 200 metros con una sábana, y juntábamos a la gente. Fueron las primeras experiencias en el propio barrio, trabajando fundamentalmente con grupos de jóvenes, buscando la participación, haciendo el intento de que la gente se organizara, y que pudiéramos tener temas de la realidad para comentar. Se iniciaba en Perú el gobierno de Velasco Alvarado, había muchos cambios en el país, y yo como joven me inserté en esa dinámica.

Después hubo una casualidad, muy linda, que fue que estudiando en la Facultad -estudiaba Filosofía- dijeron que había un curso para enseñar un método de alfabetización de un brasileño que estaba en Chile, que se llamaba Paulo Freire, y preguntaron quién quería participar. No sé por qué me interesó. No tengo idea. Hice el curso, que duró cuatro o cinco meses. Al terminar había que hacer una práctica, aplicando el método de las palabras generadoras, las codificaciones, etc. Yo empecé en el barrio donde estaba, con cinco señoras, que fue el primer grupo de alfabetización que yo tuve. Diseñé con ellas un proceso de alfabetización. Ahí me empecé a dar cuenta la importancia de lo que era el diálogo, el encuentro con las compañeras, el partir de las situaciones y las palabras concretas, y lo que era

¹ IMDEC – Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario

² CEASPA – Centro de Estudios y Acción Social Pañameño

³ CEP - Centro de Estudios y Publicaciones

el proceso pedagógico. Por dónde empezar, qué cosas hacer después, cómo profundizar. Luego me fui a trabajar a Huancayo, en la zona centro del país, y me apareció que había necesidad de alfabetización en algunas comunidades, por pedido de un sacerdote que estaba en la región. Como yo tenía supuestamente experiencia, me llevaron para allá, y empecé a trabajar en un proyecto de alfabetización. Cuando estaba en esas, surgió un gran proyecto, muy importante, en el norte del Perú, que se llama CIPCA⁴. La idea era hacer un centro de promoción de la participación campesina en la Reforma Agraria, que estaba empezando a implementarse. Las grandes haciendas estaban siendo cooperativizadas, y la idea era que los anteriores obreros agrícolas pasaran a ser los propietarios y gestores de las nuevas haciendas. En ese trabajo había formación técnica, administrativa, y de alfabetización. Realmente ahí aprendí lo que era la alfabetización, porque trabajé con un equipo como Jeanette Flores, Alberto Portugal, y otros compañeros y compañeras que ya tenían un manejo más detallado del método y de la propuesta.

Lo más interesante de esta época fue que para diseñar el proceso de alfabetización -yo no conocía la zona por ejemplo- pasamos entre dos meses y medio y tres meses, recorriendo las comunidades de la zona del Bajo Piura, en Catacaos, viviendo ahí en donde nos dieran lugar, en escuelas, en galpones de las cooperativas recién cooperativizadas, para conocer la realidad. Llevábamos colchones inflables, y dormíamos en cualquier sitio. La idea era recoger el universo vocabular de las personas y registrarlo. Había cientos de palabras que yo nunca había escuchado, sobre cientos de cosas que no conocía. Empezamos a ver cómo era la vida en el campo, cómo la nombraban, y a partir de ese universo vocabular, fuimos creando las palabras para la alfabetización.

Ese proceso fue fundamental para mí, porque me permitió empezar a entender que parecía que uno iba a enseñar, pero que en realidad lo que uno hacía era ir a aprender de la gente, de su cultura. Ellos nos estaban alfabetizando a nosotros, sobre su manera de ver el mundo, su cultura. En las noches nos poníamos a cantar, a escuchar leyendas. Así surgió el programa de alfabetización. Había grupos de teatro. Se diseñó un programa de matemáticas concientizadora, porque la gente tenía más interés en aprender las cuentas, para que no los engañaran a la hora de pesar los productos del algodón -que era el producto principal en la zona- que propiamente leer y escribir. Tengo muchos recuerdos de ese momento, que para mí fue fundante. Porque además, había una zona del Alto Piura, donde no se estaba aplicando todavía la Reforma Agraria. Entonces los hacendados empezaron a sacar las máquinas de ahí, porque veían que las iban a cooperativizar. Hubo un gran movimiento de tomas de tierras campesinas para evitar eso. Nosotros nos fuimos involucrando en ese proceso de luchas, que fue difícil. Yo nunca había participado de una movilización tan grande, con algunos riesgos. Fue mi entrada en la práctica política, en la práctica de la lucha social. Ahí empecé a vincular esta idea de movilización, defensa de los derechos, recuperación de la identidad, como elementos de la educación popular.

Yo empecé a formarme como educador popular en esos años, cuando pude vincular el aprendizaje desde la gente y con la gente, con el proceso de organización, de lucha, de represión, de movilización, de defensa de los derechos como una misma cosa. Entender que organización popular y educación popular no pueden ir nunca desvinculadas, que hay distintos niveles de organización y movilización, dependiendo de la situación, pero que no se trataba de

⁴ CIPCA. Centro de Investigación y Promoción del Campesinado

hacer un trabajo sólo sobre la conciencia en general. El desarrollo de la conciencia y del proceso organizativo tenían que provenir de la propia práctica organizativa.

Fue a partir de ahí que empecé a entender que lo que pasaba en esa región tenía que ver con lo que pasaba en el país. Era bien interesante, porque el tema del algodón te conectaba inmediatamente con el mercado internacional, no solamente con la parte productiva agrícola sino también con la industrialización, con la producción textil. Empezamos a ver que de un hilito de algodón -que era el ejemplo que usábamos nosotros- uno podía ir y dar la vuelta al mundo, a lo que eran las condiciones de trabajo, las inversiones financieras. Empezamos a descubrir que los temas, aunque parecieran muy pequeñitos y muy locales, estaban totalmente conectados con una realidad global. Todavía no usábamos esos términos, pero entendíamos que había una integración de todos los elementos, entonces que había un mundo por aprender; y un mundo no tanto por enseñarle a la gente, sino un mundo por aprender con ella.

Ahí fue donde el pensamiento, la teoría de Paulo Freire, se fue haciendo cada vez más parte de la manera como yo empezaba a ver las cosas. Yo siento que “Pedagogía del Oprimido”, así como antes “La educación como práctica de la libertad”, me dieron luces para entender lo que estaba viviendo como educador. No fue que estudié la teoría de la educación popular, y después vi cómo se hacía, sino que me ayudaron a entender lo que estaba haciendo.

Fue como un hilo donde se vinculó esa práctica, con estas comprensiones teóricas: por un lado Paulo Freire, por otro la Teología de la Liberación. Yo tuve el gran privilegio de estar en el grupo de la UNEC⁵ en Lima, que se reunía para discutir elementos de la Teología de la Liberación. Ahí Gustavo Gutiérrez venía con los borradores de lo que después iba a ser el libro “Teología de la Liberación”, para leer y discutir con nosotros. Esa entrada a Paulo Freire, a Gustavo Gutiérrez con Teología de la Liberación, coincidió con que en el curso de filosofía hicimos un seminario de un semestre sobre “La Ideología Alemana”, y los “Manuscritos Económico Filosóficos” de Marx. Entonces fue algo así como una tríada que me revolvió la cabeza, el corazón, y creo que es el origen de esta pasión que es impulsar aprendizajes.

Nuestra experiencia de educación popular en Argentina tiene como algunas de las luces, los aportes de ALFORJA. Para toda América Latina es así. Me gustaría saber cómo analizás ahora esa experiencia, sobre todo la de los años 80, tan ligada a los procesos de las revoluciones en Centroamérica.

Un elemento muy importante fue cómo el contexto nicaragüense nos convocó en esos años. La Revolución Sandinista fue como una llama, una luz que se nos encendió en muchas partes y nos generó una actitud de solidaridad que hizo que llegáramos gente de varios países a trabajar allá. Quienes hacíamos educación popular, a trabajar en educación popular. Se empieza a dar un proceso de confluencia. Raúl Leis coordinaba el Comité de Solidaridad con Nicaragua en Panamá, Carlos Nuñez en Guadalajara, con el Obispo Samuel Ruiz en Chiapas y con el Obispo Sergio Méndez Arceo de Cuernavaca, estaban en un Comité de Solidaridad con Nicaragua en México. Yo estaba con Esteba Pavletich y Lucía Silva, en el Comité Peruano de Solidaridad con Nicaragua. De ese trabajo nace la idea de ir a Nicaragua, después del triunfo de la Revolución, y ahí nos encontramos con compañeros del CENCOPH⁶ de Honduras, que

⁵ UNEC - Unión Nacional de Estudiantes Católicos

⁶ CENCOPH - Centro de Comunicación Popular de Honduras

trabajaban en comunicación popular, compañeros de IDESAC⁷ de Guatemala, que también tenían un trabajo con organizaciones campesinas, y compañeros de FUNPROCOOP⁸ de El Salvador, que tenían un largo trabajo con comunidades, sobre todo en la zona de Chalatenango.

Siempre decimos que Nicaragua fue una especie de crisol, donde se fundió lo que cada quien traía para aportar. Algunos tenían más experiencia en lo que eran las técnicas participativas. Otros tenían experiencias más fuertes de teatro. Otros traían experiencia de reflexión sobre teoría, metodología de educación popular. Es el caso de nosotros en TAREA, Perú, habíamos hecho un encuentro nacional de educación popular, y teníamos algunas reflexiones. Otros venían con la experiencia de la comunicación popular. Otros lo que era el trabajo de base a nivel rural, etc. Todo eso se fue cocinando al calor de lo que estaba pasando en Nicaragua, que era que cualquier cosa podía pasar. Después del 79, cualquier iniciativa nos colocaba en dimensiones insospechadas.

Llegamos una vez a charlar con Fernando Cardenal, que estaba dirigiendo la Cruzada Nacional de Alfabetización, y nos dijo: “quiero que ustedes me puedan apoyar en lo que sería el programa de post-alfabetización”. Van a haber 700.000 personas alfabetizadas, y no tenemos diseñado qué va a pasar después. Nosotros le dijimos: “nosotros tampoco sabemos qué se puede hacer, pero nos ponemos a trabajar con usted”. Luego vino Freddy Morales, que estaba en el Instituto de Reforma Agraria y nos dijo: “necesitamos hacer un proceso de capacitación para los 150.000 obreros agrícolas de las empresas de Somoza, que han sido estatizadas, y necesitamos generar formación técnica, política, organizativa”. Le dijimos igual: “No sabemos cómo, pero vamos”. Fueron proyectos muy concretos que nos juntaron, y cada cual veía lo que podía aportar.

Se fueron fundiendo los saberes que traía cada quien al calor del proceso. Y en menos de un año hicimos 19 talleres conjuntos con distintos sectores. Cada uno nos abría un mundo nuevo, nos daba dimensiones que en ninguno de nuestros países podíamos haber abordado, y generaba en nosotros mucho entusiasmo, mucha emoción. Era todo tan entusiasmante, que no había límites para nada, para el tiempo, la dedicación, etc.

Regresábamos después a nuestros países -yo trabajaba en ese momento en un proyecto en Costa Rica-, Carlos regresaba a México, Raúl a Panamá, y eso que habíamos aprendido en Nicaragua queríamos hacerlo, pero ni Costa Rica, ni México, ni Panamá, eran Nicaragua. Entonces teníamos que redefinir y recrear lo que habíamos aprendido juntos en Nicaragua. Luego al volver a encontrarnos, compartíamos cómo nos había resultado tal cosa, o tal técnica, o tal proceso. En el año 82 se nos ocurrió hacer un encuentro que llamamos de “Sistematización y Creatividad”. En ese momento identificamos los 19 talleres que habíamos hecho, en Nicaragua y otros países, en un año y más, y empezamos a analizar: ¿cuáles fueron los contenidos? ¿cuáles fueron las metodologías? ¿cuáles han sido las técnicas que utilizamos? Y en ese proceso empezamos a decir: ¿cuáles son las diferencias entre técnicas y metodologías? ¿por qué nosotros no hablamos de enseñanza sino de procesos de apropiación? ¿cuál es la diferencia entre apropiación y aprendizaje?

Empezamos a hacer un intento de una primera reflexión conceptual, desde nuestras propias experiencias, y lo que nos estaban mostrando. En este taller, que se realizó en el año 82, nace

⁷ IDESAC - Instituto para el Desarrollo Económico Social de América Central

⁸ FUNPROCOOP – Fundación Promotora de Cooperativas

algo que nos va a marcar en ALFORJA en adelante, que yo digo que es esta buena manía de estar haciendo permanentemente reflexión crítica desde nuestras prácticas, sobre nuestras prácticas. Y ahí nace esta idea de la sistematización de experiencias, como fuente de construcción de nuestros propios aprendizajes. Eso fue así a lo largo de toda la década de los 80, y con estas reflexiones, y con estas construcciones teóricas o semi teóricas que empezamos a elaborar, nos conectamos con otras experiencias en otros países. Publicamos algunos folletos. Como Nicaragua era una experiencia que en toda América Latina interesaba, yo creo que eso facilitó la difusión de esos materiales. Más que por los materiales mismos, por la realidad de dónde venían. Hubo un período -del 83 al 88 más o menos-, en el cual mucha gente encontró pistas y cosas interesantes en ellos.

Nosotros comenzamos a formular una conceptualización sobre este tema de la metodología. En Nicaragua la gente decía que estaba cansada de utilizar las técnicas expositivas, aburridas, que viene alguien y habla cuatro horas, que necesitaban algo más participativo, y parecía que el interés era por las técnicas. Pero al hacer la reflexión decíamos: “en realidad, la gente, no necesita sólo aprender una técnica de cómo hacer para trabajar en grupos, en vez de hacer un discurso, sino cómo generar un proceso”. Por ejemplo, los capacitadores de la Reforma Agraria, necesitaban capacitarse en cómo generar un programa anual de formación, para 50.000 trabajadores, o para 10.000 en una región. Eso significaba generar una estrategia. Ahí empieza a pegársenos ese lenguaje que estaba todavía muy fresco -por toda la lucha insurreccional en Nicaragua- en el sentido militar. Decíamos: “No es lo mismo, las armas que usamos en un momento, que serían las técnicas, que la metodología, que sería la estrategia. Esa estrategia nos tiene que orientar a métodos concretos. Si vamos a hacer un taller, un ciclo de talleres, un conjunto de seminarios, ésas son las tácticas”. Se hablaba de la estrategia, las tácticas y las armas de la educación popular; para diferenciar lo que eran las técnicas, los métodos y lo que nosotros llamábamos la concepción metodológica. Utilizábamos esa simbología que nació en un taller, fue dicha por la gente, la fuimos construyendo.

Eso se difundió mucho en América Latina: que no se trataba de utilizar otras técnicas, sino de tener otra estrategia de trabajo. Empezamos a analizar que el punto de partida siempre tenía que ser la realidad de la gente, lo que la gente piensa, lo que la gente sabe. Empezamos a hablar de “partir de la práctica”. A partir de ahí, teníamos que desarrollar el proceso de teorización. Ir generando conceptos, como lo habíamos hecho nosotros, desde la práctica. Y dijimos que no valía quedarse en la teoría, para tener una formulación, sino que eso lo teníamos que volver a poner en la práctica. Así se generó esta propuesta de partir de la práctica, teorizar, y volver a la práctica para transformarla.

Luego eso se convirtió, también por responsabilidad nuestra, pero porque era un el sentido de la época, en la idea de que la metodología de la educación popular era una cosa de tres pasos. Se redujo a eso. Y la otra reducción, fue a partir del hecho de que lo más visible eran las técnicas. Nosotros desarrollando esas técnicas participativas, fuimos coleccionándolas y sacamos un libro: “Técnicas participativas para la Educación Popular”, que también tuvo la responsabilidad de hacer creer que el centro de la educación popular era hacer técnicas. Fue un período en el cual hubo mucha difusión pero también mucha simplificación, mucha reducción, que le quitó el sentido pedagógico político central de proceso de educación popular. Ese fue el aporte contradictorio de ese período, que después nos llevó a irlo vinculándolo con otros procesos latinoamericanos, a veces de forma natural, a veces en confrontación, porque nació el CEAAL, y muchos de los centros de educación popular nos

afiliamos al CEAAL, y ahí nos encontramos con otros movimientos de educación popular latinoamericanos.

Ese proceso latinoamericano, que contaba con recursos importantes para hacer eventos -entre el 85 y el 88 se dieron grandes encuentros-, fue muy interesante, porque empezamos a descubrir procesos más globales de educación popular. Se llamaban en ese momento de “educación de adultos”, porque en el contexto de las dictaduras, que existían sobre todo en el Cono Sur, no era lo mismo decir “yo trabajo en un programa de educación popular”, que decir “yo trabajo en un programa de educación de adultos”. Eso nos permitió una cobertura en los años 80, y surgieron espacios de encuentro muy interesantes, donde la Red Alforja apareció en un momento muy identificada, pero eso nos cerró un poco. Teníamos nuestra propia jerga de cómo nombrábamos las cosas, teníamos un intercambio interno tan intenso, que no nos permitió a veces aprender suficientemente de otras experiencias, de otros enfoques, y quedamos un poco encerrados en nosotros mismos, como si tuviéramos “la versión buena de la educación popular”. Yo creo que eso no nos permitió redefinir, recrear. Éramos reacios a las críticas, y con el tiempo hemos ido comprendiendo que esas críticas correspondían a otros enfoques, también muy interesantes, a otras experiencias en otros contextos. Mientras en Sudamérica estaba la lucha por la defensa de los derechos humanos y la conquista de espacios democráticos, nosotros estábamos intentando resolver la defensa de la revolución en Nicaragua, el proceso revolucionario en El Salvador y Guatemala. Se homogeneizaba la educación popular en América Latina como si fuera una sola. Fue un error en el que mucha gente caímos, porque no logramos entender que había distintas dinámicas, distintas educaciones populares, que en cada contexto respondían a las necesidades del momento.

A partir de ahí hemos ido descubriendo, primero, que los procesos de educación popular son participativos, críticos, creadores, y tienen que responder a las dinámicas organizativas, políticas, culturales, de cada contexto. Segundo, que las técnicas son una herramienta, pero que si no se ubican dentro de una dimensión de largo plazo, de una dimensión de incidencia política, pueden ser muy entretenidas, muy simpáticas, pero no logran el objetivo político. Tercero, que los procesos de intercambio, de encuentro entre las personas son muy importantes, pero no sólo las grandes ideas, las propuestas, los proyectos, sino también las afinidades, los encuentros. Entonces progresivamente, por ejemplo, enfoques como la educación popular feminista -en ALFORJA hubo un núcleo de personas que trabajó mucho sobre eso-, nos permitió desarrollar más la dimensión de la subjetividad, la intersubjetividad, a expresar y canalizar más nuestras emociones, y a valorar los encuentros personales como algo muy importante que vincula lo público con lo privado, y que define nuestra manera de comprometernos. Por otro lado, el acercamiento a gente que estaba haciendo Investigación Acción Participativa, u otras formas de producción de conocimientos, nos ha ido abriendo a nuevas maneras de repensar cómo investigar, que había sido una carencia. Se estaba haciendo mucho activismo, mucho trabajo de educación popular y comunicación, pero no había un trabajo sistemático de investigación.

En ese proceso surge la idea de la sistematización de experiencias, como un componente muy importante de los procesos de educación popular. Es decir que las prácticas de lo que estamos haciendo es una fuente esencial para construir aprendizajes. Es algo que también hay que construir de manera sistemática, organizada, progresiva, que nos permita apropiarnos de lo que hacemos, y dialogar desde las prácticas, no de forma descriptiva, sino intercambiando aprendizajes, reflexiones críticas. Es un nivel de mayor profundización, mirando lo que hacemos desde otro enfoque, y pudiendo aportar a otras miradas aquello que nosotras y

nosotros estamos haciendo. Es un diálogo muy rico, cuando se produce desde la sistematización de las experiencias.

Es el trayecto que fuimos realizando, con procesos ligados a organizaciones de base o a grandes movimientos, con procesos ciudadanos y a distintos espacios con los que nos fuimos vinculando. Últimamente hay una voluntad de vincularnos con los movimientos sociales mesoamericanos, por la defensa de los territorios, contra las represas, la defensa ambiental, las luchas populares contra las empresas transnacionales. Nos estamos redefiniendo. Nuestras organizaciones también. Tenemos acuerdo en la definición que los procesos de educación popular tienen que ser impulsados desde los movimientos, no desde las ONGs, y que tenemos que insertamos en esos procesos.

Claudia Korol

Junio 2016